

PRESENTACIÓN

En uno de los primeros días del mes de julio de 1967, tras un recorrido en autobús de Salamanca a Valladolid, otro en tren de Valladolid a Burgos y un tercero en autobús de Burgos a Santo Domingo de la Calzada, un taxi calceatense nos llevó a mi mujer y a mí a San Millán de la Cogolla. Todavía tengo en el fondo de la memoria el recuerdo de las curvas de la carretera, las suaves ondulaciones del terreno y el juego ajedrezado de tierras amarillas en espera de la siega, verdes de los retazos de quejigos de Cirueña y de algún campo de patatas. Pero, sobre todo, puedo rememorar aún la emoción de la incertidumbre que sentí entonces ante el encuentro con el monasterio cuyo dominio señorial altomedieval llevaba estudiando nueve meses. Eran tiempos aquellos de mucha menor movilidad que los de hoy. Ello explica que ni en los años de mi carrera universitaria en Valladolid, de frecuentes salidas (de estudio geográfico o artístico) por tierras de Castilla la Vieja, ni en los de mis primeras armas como docente en Salamanca me hubiera acercado por un rincón riojano que, además, sólo distaba ciento treinta kilómetros de Bilbao, mi lugar de nacimiento y de residencia hasta el comienzo de mi vida universitaria.

Para conocer San Millán tuve que esperar, por tanto, al momento en que, tras nueve meses de estudio del tema y una vez conseguida, el 1 de junio de 1967, la beca Juan March para investigarlo, el taxi calceatense me puso en el umbral del modestísimo hostel que iba a servirnos de alojamiento en aquellos días de estudio directo del dominio del monasterio de la Cogolla. Las mañanas con el padre Joaquín Peña, siempre acompañado por un novicio, al que aplicaba el tratamiento de “su caridad”, en la biblioteca de Yuso; las tardes con mi mujer, recorriendo a pie el valle del río Cárdenas, subiendo a Pazuengos o a Suso; los atardeceres en la puerta de la casa de Tarsicio Lejarraga, escuchando su indesmayable charla a la vez que combatíamos los recalcitrantes mosquitos altorriojanos. Tal fue el programa de los días de nuestra primera estancia en San Millán. Después, ¿veinte?, ¿treinta? visitas, me han familiarizado con el emplazamiento del monasterio, en el sabio punto de

contacto paisajístico entre el *ager* y el *saltus*, entre la vega del Cárdenas y la cumbre del San Lorenzo.

En los coches de hermanos o amigos y, desde 1973, en nuestro propio automóvil, las visitas a San Millán se prolongaron y se hicieron visitas a La Rioja Alta. Unas veces, persiguiendo paisajes agrarios, otras, tradiciones etnográficas, o manifestaciones arquitectónicas, o dimensiones de iglesias y planos de castillos. El repaso, con frecuencia sistemático, de algunos temas históricos es el que me permitió conocer país, paisaje y paisanaje de La Rioja, tanto de la de los siglos medievales como de la de finales del siglo XX y comienzos del siglo XXI. Desde 1990, mi compromiso como asesor académico de las Semanas de Estudios Medievales de Nájera, este año de 2008 en su décimonovena edición, y desde 2006, mi condición de miembro del comité científico de la Fundación San Millán de la Cogolla han contribuido a suscitar nuevas ocasiones de encuentro y de estudio de La Rioja medieval.

Su resultado: además del volumen, publicado en 1969, en que estudié “El dominio del monasterio de San Millán de la Cogolla”, una serie no corta de investigaciones sobre la historia medieval de la región, con frecuencia, mi primer escenario de aplicación de intuiciones, hipótesis y métodos de profundización en el conocimiento de la historia rural y en el de la organización social del espacio. Ése es el pedigrí que los profesores Ignacio Álvarez Borge, Javier García Turza y Javier Goicolea Julián han estimado suficiente para proponer a su universidad la publicación de mis estudios de tema riojano medieval en un volumen unitario. Fuera de él queda, por sus propias dimensiones, mi obra sobre el dominio de San Millán de la Cogolla, de cuya publicación en 1969 por parte de la universidad de Salamanca se cumplirán pronto cuarenta años.

Si ese estudio marcó buena parte de mi *cursus* como historiador, los artículos que se han reunido en este libro constituyen, a mi juicio, desarrollos significativos y parciales de la idea matriz contenida en aquella investigación mayor. Como el título completo de la misma declaraba, mi libro sobre San Millán pretendía ser a la vez la historia de un dominio señorial monástico y la historia de la sociedad rural del espacio por el que se hallaban desperdigadas las cuantiosas posesiones del monasterio emilianense, del Cantábrico al Arlanzón, del Pisuerga al Iregua. Es lógico, por ello, que, en esta recopilación “riojana”, coexistan artículos que se refieren a aspectos parciales de aquel poderoso dominio, como el de su “equipamiento molinar” o el de la “construcción de su memoria histórica”, y otros que tratan de abarcar el conjunto regional de La Rioja o, al menos, de La Rioja Alta, para poner fecha y proyección espacial a fenómenos y procesos más complejos: “el crecimiento demográfico”, “la organización social del espacio” o “las modificaciones del paisaje”. Entre uno y otro de esos dos conjuntos de temas, otros, de menores dimensiones, proponen pequeños modelos de investigación, como el referente a “la aldea y la comunidad aldeana”, basado en el caso

de Villagonzalo (Badarán), o el relativo a “la antroponimia”, que tantas sugerencias puede brindar para conocer vínculos humanos e itinerarios de relación, o, por supuesto, el de carácter estrictamente metodológico con su propuesta de “aproximación a la historia regional”.

Al releer cada una de estas aportaciones con vistas a su inclusión en este volumen, por supuesto, sin tocar una coma de lo que en su momento fue escrito, he sentido que el conjunto de todas ellas proporciona una idea bastante cabal de mis intereses historiográficos a lo largo de cuarenta años (desde la historia rural y la de la organización social del espacio a la del medio ambiente y la memoria histórica) y, lo que es más importante, una secuencia de sugerencias de problemas y métodos que pueden ser útiles a investigadores de generaciones más jóvenes. Al compartir conmigo esa doble impresión, los profesores Álvarez Borge, García Turza y Goicolea Julián me han propuesto, animado y dado toda clase de facilidades para convertir en un volumen unitario las dispersas páginas riojanas de mi producción investigadora. A ellos y a la universidad de La Rioja, que se ha hecho cargo de la edición, agradezco la iniciativa, que, como para todo apasionado por la historia que goce de buena salud, constituye un simple alto para repostar y partir para nuevos destinos, algunos de los cuales pretendo que vuelvan a estar conectados con la historia de esta región, más concretamente, con aspectos relativos a su historia eclesiástica.

Mientras llega ese momento, me conformaré ahora con presentar brevemente los artículos que se han congregado en este volumen. En el principio, fue “el dominio del monasterio de San Millán de la Cogolla”. La historia de mi acercamiento personal al cenobio riojano, que he contado en otro lugar, tuvo que ver con la organización docente que desarrollaba el plan de estudios de la Licenciatura en Historia en la universidad de Salamanca en los años en que fui profesor en la misma. En uno de los cursos, concretamente, el de 1965-1966, me hice cargo de la asignatura titulada “Curso Monográfico Variable”, que, como el nombre sugería, dejaba a expensas del profesor su articulación y desarrollo. Los que escogí yo, al hilo de la sugerencia de mi maestro salmantino Miguel Artola, se orientaron al estudio de la sociedad del espacio entre el mar Cantábrico y el Sistema Central en los siglos VIII a XIII y se desplegaron en la dirección de cuarenta y cinco trabajos realizados por mis alumnos. Éstos abarcaban todas las actividades y creaciones de aquella sociedad: desde las campañas militares a la iconografía de los capiteles, desde los castillos a los dominios monásticos.

En ese esfuerzo, me pareció que un buen método de dirección sería que el propio profesor que había de dirigir los cuarenta y cinco trabajos se embarcara en la elaboración de uno que le obligara a hacer el mismo recorrido intelectual (de las hipótesis al análisis de los textos y desde aquí a la elaboración de la síntesis) que estaba exigiendo a sus alumnos. La senda escogida por mí fue el estudio del dominio del monasterio de San Millán de la Cogolla en los siglos X a XIII,

entendido tanto como una investigación de las vicisitudes de un señorío monástico como una puerta de entrada al mundo de la sociedad rural de la Castilla alto-medieval. Yo ya sabía entonces que un monasterio no era sólo una empresa económica pero me parecía que su documentación podía ofrecer datos de aspectos económicos y sociales que, por pensar de forma predominante que los cenobios eran exclusivamente casas de ascetismo, habían pasado desapercibidos. En consecuencia, lo que hice entonces fue tratar de utilizar las fuentes que nos proporcionaba una institución de la entidad de la emilianense para abrirme paso en el conocimiento de las realidades económicas, sociales y administrativas de la sociedad en que el monasterio vivió. De esa primera apertura a aquel complejo mundo es de donde vino mi interés por las gentes, por los temas y por los espacios no sólo de La Rioja medieval sino por todos los que, del Cantábrico al Sistema Central y del Pisuerga al Iregua, sirvieron de asiento a las numerosas posesiones y dependencias de la gran abadía de la Cogolla.

Y aquel interés no ha conocido desmayos, ni en la gran escala que acabo de describir ni en la más reducida de La Rioja. En esta segunda, a partir de aquella incursión en el territorio emilianense, he caminado tanto hacia horizontes macro, la región en su conjunto (“La organización social del espacio en La Rioja de los siglos X y XI” y artículos conexiónados con esa idea directriz), como hacia horizontes medio, la aldea (“Villagonzalo de Badarán”), o, todavía hacia horizontes micro (“La serna”). Y lo he hecho también en la escala temática al ir, tras el metodológico “Ensayo cartográfico”, desde “El crecimiento demográfico”, pasando por los “Aspectos económicos y sociales”, hasta llegar al panorama general de “La sociedad alorrirojana medieval” y reflexionar últimamente, de un lado, sobre “El paisaje de La Rioja medieval” y, de otro, sobre “La construcción de la memoria histórica”.

Como siempre, el historiador consciente de su oficio, cualquiera que sea la Edad a la que dedique sus afanes, no puede dejar de ser el hombre que, en su tiempo y con las preocupaciones de su época, marche hacia el pasado a conocer cómo otras gentes resolvieron entonces aquellas cuestiones que hoy nos preocupan y que, tal vez, antaño interesaron menos o quizá igual aunque no tuvieron los mismos estímulos que nosotros para organizar sus reflexiones sobre ellas. Sin excesivos presentismos, parece que hay que dar la razón a Croce cuando proclamaba que, a la postre, toda historia es historia contemporánea. Ello ratifica tanto que el hombre es un ser previsible en sus afanes y pasiones como que sólo lo que interesa a un “hoy” nos estimula a buscarlo en el “ayer”. Afortunadamente, nuestro hoy se interesa por muchas cosas, aunque quizá haya variado el orden de sus prioridades de búsqueda en el pasado. Pero si, por poner un ejemplo, hoy somos capaces de pensar en “Medio ambiente” o en “Memoria histórica” aplicados a la Edad Media es porque reconocemos que también nuestros lejanos abuelos medievales sintieron dentro de sí llamadas sintonizadas con una y otra de esas preocupaciones.

Captar las de su presente y ponerse en camino hacia las del pasado, sabiendo que “el pasado es un territorio extranjero, donde las cosas suceden de otro modo”, es divisa de los buenos historiadores a los que, en mi vida profesional, y, desde luego, en esta colectánea de trabajos, he tratado de imitar. A los lectores toca ahora juzgar si lo he conseguido. A los recopiladores y editores riojanos de estos estudios sobre el trecho medieval de una región tan querida para mí, y tan significativa en mi *curriculum* investigador, sólo puedo decirles: ¡Muchas gracias!

En “La Cayuela” y en la festividad de San Millán de la Cogolla de 2008.

José Ángel García de Cortázar y Ruiz de Aguirre